

Hacia la Hispanidad

Cuando las ideas se utilizan demasiado, en palabrería fácil y grosera, nace el fastidioso y manoseado tópico, que excita nuestro hastío o nuestra indiferencia y así sentimientos puros se transforman por ese fácil brotar de ideas en palabras vacías de contenido. De tal modo hemos llegado a alterar las cosas, que entendemos que son tópicos ideas que no pueden serlo y viceversa. Para muchos de nosotros, quizá, la palabra HISPANIDAD, no sea más que un término utilizable para fáciles temas periodísticos o barata literatura sin complicaciones. Es ya hora de que saquemos a la luz algo tan nuestro y tan entrañable como son nuestras aspiraciones universales, nuestro concepto de la creación de un imperio espiritual.

Con respecto a Hispanoamérica, la Falange delimitó concretamente nuestras aspiraciones en estas palabras: «unificación de cultura, de intereses económicos y de poder». Se defiende la idea de formación de un bloque hispánico, frente a los bloques eslavo o anglosajón, con una misma unión cultural y religiosa, amparada por el enorme potencial económico, que representaría la unión de los pueblos hispánicos.

Pero la HISPANIDAD no puede reducirse a una simple concepción teórica, sino que es algo más, infinitamente más; es una grande, ardiente y avasalladora pasión por todas las cosas hispanas y un gran amor por esos pueblos que creen, sienten y hablan como nosotros.

Debemos y queremos ser todos hispanistas. Es necesario que todos nosotros pensemos y sinta-

mos en común, porque común es nuestra apremiante tarea colectiva.

Contra todo esto surgirán multitud de inconvenientes; habremos de enfrentarnos contra demolidoras propagandas que tratarán de silenciar cosas que a ciertas naciones no les interesa que se sepan, pero no debe importarnos, porque allá da ciento por uno la semilla que España siembra.

Debemos ponernos en guardia frente a la propaganda yanqui, si queremos una España presente y actuante en el concierto de las Naciones.

Ya no señalan tanto a España con el dedo acusador tan temido hasta hace muy poco. Pero la cosa no puede quedar así. Dios quiere que este Mundo corrompido que llevó a España a tan difíciles situaciones, se vea un día postergado a los pies de la comunidad hispana.

Es injusto que Albizu, tras una gran temporada encarcelado por los yanquis, por el enorme «delito» de defender a su Patria, Puerto Rico, al salir y ser aclamado por sus compatriotas, amantes de la independencia, se le volviera a encarcelar hasta Dios sabe cuando.

Es injusto que Puerto Rico sea la única nación hispana sin independencia. Todavía, a pesar de la protección de ese «modelo» de democracia, se siguen izando en los mástiles portorriqueños las barras y estrellas de la bandera yanqui. Este detalle, como otros que se podían decir, ha de servir para unificar la Madre Patria con los pueblos americanos, los cuales vuelven su mirada cual hijos pródigos que conocen el dolor de la separación y no quieren repetirla, aunque hayamos de reconocer que fuimos nosotros mismos los que les impulsamos a alejarse del regazo patrio con el total olvido de nuestras más arraigadas tradiciones.

dependencia terrena; necesario dolor. Y en el fondo del dolor, la norma. ¿No son todos estos elementos esencialmente nuestros?

Como los yugos, como las flechas, como los luceros, el molino de viento debe pasar a la emblemática falangista. Humildemente yo lo creo así. Y estoy seguro de que vosotros, gentes que estais, ilusionadamente, sembrando molinos en la ancha llanura manchega, pensais como yo. Y ya me entusiasmo pensando que el «meridiano de La Mancha» haya podido ofrecer al Movimiento la cosecha pequeña pero eterna de un emblema que no desme-

rezca junto a los que tradicionalmente la Falange utilizó.

«No nos dejemos adormecer por el sosiego de la vida española, por su dichosa tranquilidad. No adoptemos la cómoda actitud de suponer que todo está resuelto y que ya ningún riesgo nos acecha. Por desgracia, no es así».

(Fernández Cuesta)